

Jesucristo, pues por Ella, criatura predilecta de la creación, se hizo hombre el divino Verbo, antes que por cualquiera otra criatura y que por todas juntas; y con Ella, como con su más perfecto y fiel instrumento, hizo la obra de la Encarnación, obra primaria de la caridad de Dios para con el hombre; y en Ella, como en molde, fundido y modelado por el fuego y forma del mismo Espíritu Santo, quiso el Hombre Dios tomar la forma de Esclavo; y para Ella, en fin, quiso el divino Salvador que fueran muy principalmente los frutos de la redención y para Ella la gloria infinita, en algún modo de ser la criatura destinada a ser la Inmaculada Virgen Madre de Dios; entonces el alma así consagrada a la Santísima Virgen se siente saturada del espíritu de los verdaderos esclavos de Jesús en María que es la más alta gloria a que los hombres podemos aspirar en este mundo. Servir a Dios es reinar, pero servirlo escondiendo nuestra vida en la de Jesús es reinar regalándose en los tormentos de la cruz, y servir a Dios, cuando María, la celestial Esclava, es la que nos enseña a esclavizarnos con Ella para vivir ligados con cadenas de amor a su Hijo divino, es reinar desde la cruz saboreando las dulzuras de la Madre de la misericordia y del amor hermoso.

Con razón dice nuestro amadísimo Vidente que las excelencias de la perfecta consagración son el primer motivo para movernos a practicarlas. En los números 144 y 145.

«Primer motivo, que nos muestra la excelencia de esta consagración de sí mismo a Jesucristo por las manos de María.»

«Si en la tierra no se puede concebir empleo más alto que el servicio de Dios; si el menor siervo de Dios es más rico, más poderoso y más noble que todos los reyes y emperadores de la tierra que no sean siervos de Dios, ¿cuán grandes no serán las riquezas, el poder y la dignidad del fiel y perfecto servidor de Dios, que se entrega a su servicio enteramente en todo cuanto puede? Tal es un fiel y amoroso esclavo de Jesús en María, que se ha dado totalmente al servicio de este Rey de reyes, por las manos de su Santísima Madre y que nada ha reservado para sí mismo; el oro todo de la tierra y las bellezas de los cielos son insignificantes para pagar tan gran servicio.»

Y, si trata o no, nuestro bienaventurado Grignon de determinar la diferencia entre los esclavos religiosos y los esclavos seculares en el número 146 no hay para que dilucidarlo en este punto; pero nótese que en el párrafo anterior acabamos de leer estas palabras: «¿Cuán grandes no serán las riquezas, el poder y la dignidad del fiel y perfecto servidor de Dios, que se entrega a su servicio enteramente, sin reserva y en todo cuanto puede?» Estas palabras sólo al que profesa vida religiosa pueden aplicarse, y muy en relación con ellas están todas las demás del mismo número como aquellas de «que se ha dado totalmente al servicio de este Rey de los reyes.» Y mientras así habla en el número ya copiado, en el siguiente dice:

«Las otras congregaciones, asociaciones y cofradías erigidas en honor del Señor y su Santísima Madre, que producen tan grandes bienes en el cristianismo, no obligan a darlo todo sin reserva, no prescriben a sus asociados más que algunas prácticas y actos para satisfacer a sus deberes, dejándoles libres todas las otras acciones y todo el tiempo restante de su vida; mas esta devoción de que nos ocupamos nos hace dar sin reserva a Jesús y María todos nuestros pensamientos, palabras, acciones y sufri-